

EL GRUPO DE TRADUCCIÓN DE TARAZONA DE LOS SIGLOS XII-XIV: UNA CARTOGRAFÍA PARA EL RECUERDO

Carlos Miguel-Pueyo
Valparaiso University, EE.UU.

Tal vez fuera en Babilonia donde se comenzaron a usar los primeros mapas hace más de cuatro mil años, consistentes en planos más o menos esquemáticos de ciudades o regiones, aunque no parece que tuvieran vocación de representar el espacio con la exactitud que proporcionan las escalas. De las muestras cartográficas más antiguas que se conservan, consta una tableta del siglo VI a.C. que representa el río Éufrates. Del mismo siglo data el primer mapa, de Anaximandro de Mileto, así como el primer libro de geografía, de mano de Hecateo, también de Mileto. Posteriormente, Heródoto menospreciaría las obras de los anteriores por sus incoherencias, entre ellas, que daban a Europa y Asia parecido tamaño. Con el tiempo, la cartografía fue tomando cuerpo con nombres como Eratóstenes de Cirene, Posidonio de Rodas, y, sobre todo, Ptolomeo, en el siglo I a.C., quien introdujo el concepto de coordenadas, que modernizaría de verdad su uso y su concepción¹.

Valga esta breve relación de los primeros interesados en conocer la geografía terrestre, para recordar que la necesidad de aclarar la visión del territorio y de conocer sus dimensiones ha acompañado al ser humano desde hace miles de años. Bajo el amparo de este congreso, *El español y sus mundos: Nuevas fronteras, otras cartografías*, ofrecemos para esta ocasión, en una ciudad que es emblema milenario de culturas y lenguas, una cartografía en el sentido estricto de la palabra, de la actividad traductora llevada a cabo en torno a la ciudad de Tarazona, en los siglos XII a XIV. Traducción, e interpretación, aunque no atendemos a esta actividad en esta ocasión, queda vinculada desde su nacimiento al suelo, al territorio que la hace posible, y que, a su vez, dialoga con el territorio que compuso el texto original. Por ello, planteamos una cartografía que permita: primero, unificar la situación general y particular de la actividad, en este caso traductora; segundo, considerar juntos aspectos culturales, económicos y sociales; y todo ello, manejando datos reales, como fechas y títulos, para intentar identificar procesos naturales y reales de movilidad de las obras originales y de sus traducciones.

Esta ciudad milenaria de Jerusalén que nos acoge fue destruida por el emperador romano Tito en el año 70 de nuestra era, momento que inicia la *galut* o diáspora judía por el mundo. Plinio el Viejo deja constancia en su *Storia naturalis*, de la existencia de una ciudad bajo ley romana llamada *Tvriasu*,

¹ Se considera al greco-egipcio Claudio Ptolomeo, del siglo I. a.C. como el padre de la cartografía en sentido moderno. Fue él quien introdujo el concepto de coordenadas, y comenzó a medir el territorio utilizando a Alejandría como punto de referencia en relación con la distancia al sol. En 270 el chino P'ei Hsin realizó un mapa de China en dieciocho dimensiones, e indicaba la necesidad de señalar las distancias y la altura de las montañas. En 810 Chia Tan realizó un mapa de diez por nueve metros. En 950, Al-Istakhi de Bagdad tradujo y revisó la obra de Ptolomeo con mapas en color. Hacia 1100, Al-Idrisi elaboró en Palermo un mapamundi en forma de disco. En la Edad Media se confeccionaron portulanos y cartas de compilación; de ellas, se conserva la Carta Pisana, realizada en Génova en 1285. En 1250 Matthew Paris hace el mapa de Inglaterra e incluía pueblos, monasterios y puertos. Y a mediados del XIV, se hizo un mapa de la isla de Gough en el Atlántico, que incluía los ríos. Digna de destacar es la aparición del reloj y la brújula, que contribuyó al desarrollo de los mapas. Así, de 1489 data el mapamundi de Martellus Germanus. De 1563 es el dibujo del Mediterráneo del mallorquín Mateo Prunes. Grandes nombres de este siglo serán Gerardo Kremer, Mercator (discípulo de Gemma Frisius de Lovaina), autor de una edición de *Cosmographia* de Peter Apian. Comenzó la confección de globos terráneos, y elaboró su mapamundi de 18 hojas, de 1569. El primer atlas es de 1570, del flamenco Ortelius, llamado *Theatrum Orbis Terrarum*.

conocida en esta región romana por la fabricación de armas de hierro. En efecto, los restos arqueológicos muestran que la ciudad había sido construida hacia finales del siglo I a.C. La ciudad, y su nombre, se fueron adaptando a las diferentes leyes de los pueblos ocupantes a lo largo del tiempo: después de los romanos, *Tvriasu* se llamó *Tirasone* con visigodos y musulmanes, y posteriormente *Tirasona*, con los cristianos. La actual Tarazona muestra en sus calles y casas la marca dejada por estas diversas culturas, en nombres, fachadas, ventanas, arcos, muros y espacios que evocan momentos vividos por personas que vieron el mundo de formas relativamente diferentes. En cualquier caso, parece claro que existieron comunidades judías en Tarazona al menos desde el final de la ley romana, presencia que se consolidaría bajo el dominio musulmán a partir del año 713, y que alcanzaría plena presencia después de la capitulación de la ciudad ante Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Navarra, en 1119. Más precisamente, cuando Benjamín de Tudela inicia su viaje a Tarazona en 1165, la aljama de Tarazona ya estaba completamente formada. De hecho, el rey Alfonso I donó al obispo los impuestos y derechos comerciales de la judería, lo que le permitió eliminar los impuestos a la comunidad judía de la diócesis. Y esto, a su vez, permitió que la judería fuera una de las más importantes del siglo XIII, lo cual queda demostrado por las altas tasas que pagaba a los caballeros de la Orden Militar del Temple para garantizar su seguridad y prosperidad, hasta 1312, cuando la Orden fue disuelta. Sin embargo, desde la nueva tasación de la propiedad de 1271, la judería de Tarazona debe pagar hasta 3% de subsidios ordinarios, y 2% de los extraordinarios, mientras que la comunidad mudéjar –musulmana ahora bajo leyes cristianas– pagaba la mitad. Gracias a un registro interno que se conserva en la Biblioteca Nacional de Israel, se sabe que la judería constituía un 15% de una población total de la ciudad de unas mil trescientas personas, con cincuenta y dos casas, y unas doscientas veinticinco personas. Además, la aljama tenía su autonomía pues podía dictar sus propias normativas en cuanto a vestimenta u ordenamientos, entre otros asuntos. Los años que van desde 1213 a 1283, ya como perteneciente a la Corona de Aragón, la comunidad judía experimenta una Edad de Oro, en la que entra a formar parte de la administración y las finanzas de la ciudad. En esta época de libertad y esplendor de la ciudad, abundaban entre sus ciudadanos judíos, según los censos conservados, arquitectos o como los llamaban entonces “maestros de casas”, médicos, intelectuales, pintores, como Yojanán Levy, o Juan Levy, autor con su taller del retablo de Santa Catalina, San Prudencio y San Lorenzo, todavía presente en la catedral de Tarazona, restaurado y estudiado recientemente por Encarna Ripollés (2013).

Pero el más famoso debió ser Moses de Portella, que firmaba con el equivalente árabe *Muça*, denotando el prestigio cultural de la lengua árabe en el momento, quien llegó a ser “Oficial de la Casa Privada del Rey”. Procedente de familia adinerada, que había basado su fortuna en el comercio del grano, el préstamo de dinero y las finanzas reales, los Portella tenían una posición tan destacada que en 1267 los impuestos de esta familia suponían un quinto de la recaudación. En 1286 *Muça* fue asesinado y el rey Alfonso III confiscó los bienes de la familia. La decadencia llegó con la peste negra de 1348, 1362 y 1369, combinadas con pobres cosechas, que diezmaron la población judía. Sin embargo, la población judía se benefició de la expulsión que sufrieron los judíos franceses en 1394. Además, la ciudad de Tarazona fue saqueada en varias ocasiones por las tropas castellanas durante la guerra entre Pedro I el Cruel, rey de Castilla, y Pedro IV, rey de Aragón, que luchaban por el control mediterráneo. Una vez acabados los saqueos, amén de las otras circunstancias, el rey aragonés decidió reconstruir la judería de Tarazona, lo que queda demostrado por la reconstrucción de la sinagoga autorizada por el obispo Pedro Pérez Calvillo el 10 de mayo de 1370. Este renacimiento de la judería de Tarazona se vio fortalecido también por la presencia del rabino procedente de Tudela Shem Tob ben Yihsaq ibn Shaprut, doctor y talmudista. En Tarazona escribió su polémico *Eben Bohan*, contra el converso Abner de Burgos, así como estudios sobre comentarios bíblicos hechos por Abraham Ibn Ezra, y al *Canon* de Avicena. Y también escribió el *Pardes rimonim* sobre las *Haggadot del Talmud*. Junto con otro rabino, Jehudá Saladín, fueron consultados en materia de leyes, y esta colaboración originó un grupo de trabajo que tradujo del árabe al latín y hebreo².

² En la vecina Castilla, las juderías no corrían la misma suerte; por ejemplo, en 1391, se produjeron serios ataques a algunas juderías castellanas. En ese mismo año, Tarazona firmó un capítulo de protección con la corona aragonesa para salvaguardar los derechos de los ciudadanos judíos. Pero el daño ya se había hecho, y

Conocer la historia de la traducción científica en la península Ibérica pasa por recuperar la historia que la hizo posible. La actividad científica en la península floreció en los siglos XI, XII y XIII, y lo hizo en al-Ándalus, en lengua árabe, y en mucha menor medida en latín y hebreo. En al-Andalus se da un elevado nivel de producción científica, especialmente en medicina y ciencias exactas. La comunidad musulmana cuenta con sus propias obras, su propia tradición y con las traducciones al árabe de obras clásicas, realizadas en los siglos VIII y IX, bajo la dirección de los gobernantes de Bagdad, especialmente el califa al-Ma'mun. Dentro de esta historia de la actividad de traducción científica se pueden recordar varios momentos, que determinarán el que nos interesa. En Córdoba se hacen traducciones en el siglo X, como se deduce de la *Materia médica* de Dioscórides narrada por el musulmán cordobés Ibn Yulyul, traducida del griego al árabe en Bagdad por el griego Esteban y después corregida por el cristiano Hunayn b. Ishaq, aunque –debido a que ninguno de estos dos últimos eran expertos en árabe– dejaron palabras en árabe sin traducir. Esta traducción fue usada corrientemente hasta el año 948 en que el emperador bizantino hizo llegar al califa cordobés Abd al-Rahman III presentes entre los que había un ejemplar del tratado de Dioscórides en griego, y la *Historia* en latín escrita por Orosio, junto con una nota del emperador en la que indicaba la necesidad de encontrar un traductor experto en drogas para sacar provecho de la obra. Tres años más tarde, el emperador romano envió a Córdoba al monje Nicolás, experto en latín y griego, que trabajó con un grupo de médicos, entre los que estaba el judío Hasday b. Saprut. Este grupo tradujo la obra del griego al árabe sin cometer errores, lo cual es un ejemplo de la estrecha y respetuosa colaboración entre la cultura hebraica y árabe que tanto enriqueció la vida cultural de ciudades como Granada, Zaragoza, Tarazona, Valencia, Badajoz y Denia, entre otras.

Junto con los estudios científicos, también los filológicos y gramaticales se desarrollaron, y es este periodo el que permite acercar los textos hebreos traducidos al latín al Renacimiento europeo. En otros lugares, a mediados del siglo X comienzan a traducirse obras del árabe al latín en cenobios fronterizos, como monasterios benedictinos, a los que acudían monjes mozárabes, y quienes suponían el comienzo de transmisión de la ciencia árabe a la cultura occidental europea. En el siglo XI, algunos traductores que viven en al-Ándalus deciden mudarse a Castilla por presión proveniente de los almorávides norteafricanos; fue el caso de Moses b. Ezra (1055-1135), que se traslada a Castilla, y después a Navarra y Aragón, y finalmente a Barcelona. Moses Ezra es conocido por apuntar que la traducción debía fijarse en el sentido y no en traducir literalmente.

En el siglo XII prolifera la actividad traductora de las ciencias en varios puntos de la península Ibérica, especialmente en territorio no musulmán, pues se daba la feliz casualidad de que había mozárabes y judíos que leían y hablaban el árabe y por tanto podían transmitir conocimientos que venían de Oriente a al-Ándalus. Bajo la protección de mecenas, es esta la generación que dio a conocer a Europa las obras hebreas y musulmanas; entre ellos, Hugo de Sanctaella trabajó en Tarazona bajo el auspicio del obispo Miguel, o Platón de Tivoli en Barcelona. En Toledo, y su llamada Escuela de traductores (nombre debido al crítico francés Jourdain del siglo XIX), existía continua actividad traductora, pero la crítica ha demostrado que no existía tal escuela, ni en términos de metodología, ni de número de traductores. Romano, entre otros, ha escrito sobre el tema, aludiendo a la escasez de documentación que acredite la existencia de una escuela, y se refiere a “dos, o a lo sumo tres intelectuales que trabajaron allí, quizá independientemente y durante pocos años” (Romano 1992: 84-85). No en vano, bajo el patrocinio del arzobispo Raimundo (1126-1152) se congregan nombres como

familias tan sobresalientes e involucradas en la administración como los Laquef, Abençahadía, o Abjoxar vieron su presencia en los mercados mermada cayendo de un 50% a un 10%. Tras la Disputación de Tortosa (1413-1414), las conversiones se fueron sucediendo, aminorando cada vez más la presencia judía en Tarazona. En 1457, Alfonso V concedió excepciones de impuestos a las comunidades judías aliviando así el peso que soportaban, y regenerar el comercio. Lo mismo hizo Juan II. En 1484, sin embargo, el Santo Oficio se estableció en Tarazona, que marcó una existencia mucho más difícil en la judería. Durante el siglo XIV se produjeron conversiones de familias como los Aibar, Andrés, Casado, Cortés, Cubero, Liñán, López y Pomar. Se mantuvieron las festividades judías junto con las cristianas, pues se consideraban tan válidas unas como otras. Una vez que se publicó el edicto real de 1492, algunos judíos de Tarazona emigraron a Tudela (Navarra), o se encaminaron hacia el Mediterráneo, especialmente a Italia. De quienes quedaron, hasta el 50% accedieron a la cristianización.

Juan de Sevilla, autor de más de 37 traducciones; el clérigo Domingo Gundisalvo y el judío converso Ibn Dawud que tradujeron a filósofos árabes; Domingo González, Gerardo de Cremona, que tradujo al latín más de ochenta obras, de versiones árabes de obras de Hipócrates, Avicena, Galeno, Euclides, Arquímedes, Menelao, Ptolomeo, entre otras, en la segunda mitad del siglo XII; Rodolfo de Brujas, o el inglés Miguel Scoto.

En la traducción arábigo-hebraica destacaron otros nombres como Abraham Ibn Ezra de Tudela (1092-1167) en el siglo XII, o la dinastía de Yehudá Ibn Tibbon (1120-1190), que tradujo al hebreo y latín obras de Averroes y Aristóteles, y otras muchas por encargo del emperador alemán Federico II³. O Moses Sefardí, convertido al cristianismo y conocido como Pedro Alfonso, que fue médico personal del rey Enrique I de Inglaterra, y que consta como el primer difusor de la astronomía y de la matemática árabe. Fue él quien tradujo al latín *Disciplina clericalis*, una colección de apólogos orientales que alcanzó gran fama en Europa. En el siglo XIII florece otra vez la actividad traductora en Toledo de la mano de Marcos de Toledo, un diácono mozárabe, que comenzó una versión en latín del Corán a petición del arcediano de Toledo, Mauricio.

Ya bajo el reinado de Alfonso X el Sabio de Castilla, entre 1252 y 1284, se estableció de forma más o menos fija un grupo de quince traductores que tradujeron obras literarias, jurídicas, históricas, religiosas y científicas (astronomía y astrología) para el rey: de ellos, cinco eran judíos, y diez no judíos. Los judíos fueron los más activos, y entre ellos destacó Yehuda ben Mošé e *Ishāq* ben Sid, que intervinieron en la traducción de veintitrés obras. Judah ben Moshe ha-Konen, médico judío, tradujo en 1231 el *Tratado de la açafea* del orfebre Azarquiel. Después entra al servicio de Alfonso X como físico. Es en este tiempo cuando Hermann el alemán tradujo el comentario a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles y el comentario a la *Poética* de Averroes. Entre los no judíos, Juan d'Aspa, Egidio de Tebaldis y Bernardo el arábigo, que trabajaron en doce obras. Y en Burgos, el obispo García Gudiel (1273-1280), junto con el cristiano Juan González y el judío Salomón siguieron traduciendo a Avicena. En el siglo XIII, Gonzalo de Berceo usa las vidas de santos escritas en latín para versificar los primeros testimonios en castellano escrito: la *Vida de Santo Domingo de Silos*, *Vida de San Millán de la Cogolla* y el *Poema de Santa Oria*. En ellos, el autor aclara que se trata de adaptaciones de obras latinas amplificadas. A mediados del siglo XIII, y por influencia del rey Sabio, aumentan las traducciones del árabe al castellano, pues su corte se puebla con traductores de origen hispánico e italiano, de diferentes credos, civiles, religiosos, médicos, etc. Otros nobles encargan traducciones, como el infante don Fadrique, que encargó una traducción del *Sendebār* o *Libro de los engaños*, libro de *exempla* de origen oriental.

El grupo de traductores de Tarazona

La actividad de traducción de la ciudad de Tarazona se entiende enmarcada en el área del valle del Ebro, como sugiere Lomba (1995), que sitúa esta ciudad dentro del área comprendida entre las ciudades navarras de Pamplona y Tudela, las aragonesas de Tarazona, Zaragoza, Huesca y Albarracín, y las catalanas de Lérida, Tortosa y Barcelona. Esta zona geográfica, que desde el año 714 estuvo bajo el dominio musulmán, conformaba la llamada Frontera Superior o al-*ṭagr al-a'lā*, con su capital en Saraqusta. Durante los reinos de taifas, desde 1018 a 1110, esta zona deviene un reino independiente, con su capital en Saraqusta, gobernado por las dinastías Tuḡyibí y Hūdí. Estas ciudades y áreas fueron paulatinamente dejando de pertenecer a la Frontera Superior musulmana a manos de los cristianos:

³ Judah Ibn Tibbon había nacido en Granada, pero se refugió en el sur de Francia. Tradujo del árabe al hebreo diversas obras, como la *Gramática* y el diccionario de Ibn Janah, cuyas versiones fueron canónicas durante toda la Edad Media. Su hijo, Samuel Ibn Tibbon, nació en Francia, cerca de Montpellier, fue médico y traductor del árabe al hebreo. Tradujo obras de Maimónides, como el *Tratado de la resurrección de los muertos*. Es curioso que en 1199 escribe a Maimónides, para aclarar dudas, y este le responde reflexionando sobre la actividad de la traducción, recomendándole transcribir el sentido de la obra. Moses Ibn Tibbon, hijo de Samuel, y nieto de Judah, también ejerció como médico y traductor. Tradujo al hebreo obras de Averroes, Avicena y Euclides, entre otros. Jacob Antolino se instaló en Nápoles a petición de Federico II de Alemania y allí tradujo del árabe al latín diversas obras.

Barcelona en el 801, Huesca en 1096, Tudela en 1114, Zaragoza en 1118, Calatayud en 1120, Tarragona en 1128, Lérida en 1149, etc. Como afirma Lomba, a estas comarcas hay que añadir algunas áreas francesas, que pertenecieron a la Corona de Aragón de forma intermitente; así, la Provenza y el Languedoc fueron anexionados a la Corona aragonesa durante unos ciento cincuenta años, hasta el Tratado de Corbeil (1258), y después el Rosellón y la Cerdeña. Saraqusta absorbió a los grandes científicos y pensadores que huyeron de la ciudad cordobesa tras su caída, huyendo a la *fitna* o guerra civil que le siguió, pues Saraqusta ofrecía calidad científica, protección oficial de la cultura y estabilidad para continuar su trabajo intelectual (Lomba 1987, 1991; Vernet 1950; Grau 1958; Bosch 1960). Además de Saraqusta, otras grandes aljamas judías eran Tarazona, Huesca, Barcelona, Gerona y Tarragona, y conforman la gran puerta de Europa a la modernidad a través del Medievo, como si el Ebro fuera el medio natural que la cultura eligiera para cruzar territorios⁴.

Es justo decir que son los judíos de la Corona de Aragón los que llevan a cabo la gran tarea de transmitir a Europa el saber árabe, bien a través de enseñanzas personales, ora a través de compendios hechos por ellos mismos, ora a través de traducciones propias del árabe al hebreo y después al latín, convirtiéndose de esta forma en transmisores del saber árabe a Europa (Romano 1988: 955-978). Con la conquista de territorios del rey Alfonso I el Batallador en 1119, vino pareja la restauración de sedes episcopales, a menudo con obispos del otro lado de los Pirineos que traían la sed humanista del siglo XII, lo que favoreció la llegada de eruditos de la península Ibérica y de otros lugares de Europa ávidos de cultura y conocimiento de los vecinos reinos de taifas del sur peninsular, especialmente sobre astronomía, astrología, álgebra, y alquimia. Este grupo, que algunos consideran que pudo funcionar como una verdadera escuela, operó bajo el mecenazgo del arzobispo Miguel de Toulouse (1119-1151). Estos traductores eran Roberto de Ketten o Ketton, Herman el Dálmata o de Carintia y Pedro de Toledo. Intentamos recopilar todos los títulos de las traducciones que realizaron, pero por razones de espacio, el lector puede acudir a la lista actualizada al exhaustivo estudio de De la Torre (2013).

Hugo de Cintheaux

Hugo de Sanctaella, o Sanctallensis o Santalla, y según Santoyo (2016: 341-357), correspondería a Cintheaux, cuyo gentilicio en *Sanctellis*, en oposición al gentilicio que había propuesto Haskins (1911: 1-15). Rivera (2018) recoge las dos ocasiones en las que se prueba la presencia de Hugo en Tarazona: por un lado, las dedicatorias al obispo Miguel, obispo que lo fue de Tarazona entre 1119 y 1151 (Haskins 1924: 70), con su “*insaciabilis philosophandi aviditas*” del obispo (Haskins 1924: 73); y por su aparición en tres documentos turiasonenses datados el 11 de noviembre de 1145 (Santoyo 2016: 342-343, 352-353; Burnett 1977: 63-71; Lacarra 1952: 357, 358).

Anticipándose a la actividad en Toledo, tradujo del árabe al latín, el *Centiloquium*, *Centum verba o Fructus Ptolomei* (*Las cien afirmaciones, Las cien palabras, o Los frutos de Ptolomeo*). También tradujo el *Tractatus Alfragani de motibus planetarum* (*Tratado de al-Fargānī de los movimientos de los planetas*). El *Liber trium iudicium* (*Libro de los tres jueces*), que recoge tres textos de tres autores diferentes, a saber: *Mujtaṣar masā' il al-Qayṣarānī o Kitāb masā'il* (*Resumen de las cuestiones cesáreas o Libro de las cuestiones*), de ‘Umar bin al-Farrujān al-Ṭabarī; *Kitāb al-aḥkām ‘alā al-nuṣba al-falakiyya* (*Libro de los juicios sobre el pilar astronómico*), de Sahl bin Biṣr, y *Kitāb fī madjal ilā*

⁴ Lomba recuerda a Gerberto de Aurillac, monje de Aurillac, magister de Reims, abad de Bobbio, y posteriormente Papa Silvestre II (999-1003) (1995: 29). Según Taton, el monje francés hizo un viaje a Hispania de 967 a 969, organizado por Atón, obispo de Vic. Visitaron el monasterio de Santa María de Ripoll donde encuentra una impresionante actividad intelectual. El francés pidió a su amigo Llobet de Barcelona un tratado de astrología, y en 984 pide al obispo Mirón de Gerona el *De multiplicatione et divisione numerorum* de Josefo Hispano (Taton 1971). Ripoll poseía en su biblioteca amplia representación del conocimiento del Renacimiento carolingio, de la tradición de San Isidoro, y de los libros científicos de al-Andalus. En Tudela, según Lacarra, se desarrolla labor de traducción pues la ciudad pertenecía a la diócesis de Tarazona, y quizá el propio obispo Miguel revitalizase la anterior actividad científica tudelana para verter el conocimiento judío y musulmán al latín (Lacarra 1991).

‘ilm al-nuṣūm (Libro de la introducción al conocimiento de los astros, también conocido como *al-Arba ‘ūna bāban* (Los cuarenta capítulos), de al-Kindī, entre otros muchos).

Herman de Carintia

Herman el Dálmata, o Hermann de Carintia, o Hermann el Eslovo, nació en la península de Istria, y es probable que estudiara en Chartres y París. A veces él mismo se llamó Hermannus Secundus para diferenciarse de Hermannus Contractus, que era Herman de Reichenau (1013-1054). En el prefacio a su traducción del *Planisphaerium* de Ptolomeo, Herman llama a Thierry de Chartres “præceptor”, por lo que se deduce que estudió en Chartres (ca. 1155). Parece evidente que estuvo una temporada en el valle del Ebro, pues Pedro el venerable dice que lo encontró a él y Robert de Ketton “circa Iberum”. Posteriormente, se le encuentra en León, Toulouse y Béziers.

Es autor de una obra filosófica, *De essentiis*, que Burnett considera su *opus magnum*. Parece que pudo escribir otras originales, como *Liber de circulis*, *Liber de invenienda radice*, *Liber de opere numeri et operis materia* y un *De compositiones astrolabii* (no localizados todavía). Burnett clasificó las obras de Herman de Carintia (1978, 102-132), entre las que tratan matemáticas, física y las hechas para el *corpus islamolatinus*. Sobre matemáticas, tradujo las siguientes: *Euclidis geometria, arithmetica, et stereometria, ex comentario Hermannii secundi, in uno volumine cujus signum est littera D* (Geometría, aritmética y estereometría de Euclides a partir del comentario de Herman, el segundo, contenida en un solo volumen cuya marca es la letra D), de Euclides. De las traducciones de física, recordamos *Fatidica Zaelis*, o *Zael de revolutionibus*, *Pronostica* o *Liber sextus de astronomia* (Las predestinaciones de Sahl, Sahl, acerca de las revoluciones, Pronósticos, Libro sexto acerca de la astronomía), entre otras.

Robert de Ketton

Robert de Ketton provendría de Ketton, perteneciente al condado de Rutland, en Britania (Haskins 1924: 120, n. 19). Parece que tuvo cierta relación con el rey Ramírez de Navarra (m. 1150), pues es él el redactor de un tratado de paz de 1149 entre el rey aragonés mencionado como “*regis Garsie principalis capellanus*” (capellán principal del rey García) (Hasse 2006: 73). Como recuerda Rivera, Robert de Ketton aparece por primera vez en 1140, mencionado por Herman de Carintia en el prefacio a su traducción del *Kitāb al-mudjal al-kabīr ‘alā ‘ilm aḥkām al-nuṣūm* (Libro de la gran introducción a la ciencia de los juicios de los astros), de Abū Maʿšār (Burnett 1978: 126; 1982: 4; Haskins 1924: 45-46). En el prefacio a esta traducción, Herman menciona un consejo de Robert sobre cómo traducir del árabe al latín, de lo que se desprende que conocían las dos lenguas lo suficiente como para realizar esa traducción. Después aparece Robert de Ketton junto con Herman y Pedro de Toledo trabajando en el proyecto del abad Pedro el Venerable en los años 1142 y 1143 de traducción del Corán. También se conoce su actividad como arcediano en Pamplona, y en Tudela como canónigo entre 1143 y 1157, según recoge Gaztambide (1965: 244-256).

Robert de Ketton es considerado el autor de la primera traducción del Corán al latín, realizada en 1142-1143. Según Rivera, fue autor de dos textos pertenecientes al *corpus islamolatinum*: *Lex Mahumet, pseudo-prophete*, y *Chronica mendosa et ridicula Sarracenorum* o *Fabule Sarracenorum* (Rivera 2018: 108). A mediados del siglo XII, el Abad de Cluny Pedro el Venerable (1092-1156), celebrando su visita a los monasterios de Hispania, decidió patrocinar la traducción del Corán al latín, así como la recopilación de información de la cultura islámica. Este compendio es el que Marie Thérèse d’Alverny llamó *collectio Toletana* o *corpus Toletanum* equivocadamente, y que ahora se llama *corpus islamolatinum*, “pues estos textos no fueron traducidos en Toledo, sino en la zona del Valle del Ebro y León” (De la Cruz). En cuanto a la recepción de la traducción de Ketton, hasta la traducción de Ludovico Marracci de 1698, la de Ketton fue la versión latina del Corán más difundida en toda Europa (De la Cruz 2003).

Pedro de Toledo

Pedro Alfonso era un judío converso nacido en Huesca con el nombre de Mošeh Sefardí hacia 1062, siendo bautizado en esta ciudad en 1106 contando como padrino el rey Alfonso I, por lo que adoptó el nombre de Pedro Alfonso, y que después se le conocerá como Pedro de Toledo (González 2005: 53). Fue médico del monarca, así como del rey Enrique I de Inglaterra. Allí transmitió el saber árabe a Walcher de Malvern y Adelardo de Bath sobre matemática y astronomía. Es autor del último texto del *corpus islamolatinum* titulado *Apologia Alkindi* (Rivera 2018: 109). Sus obras, *Disciplina clericalis*, *Dialogus contra iudaeos*, *De Dracone*, *De Astronomia* y *Liber sagogorum Alchorismi in artem Astronomicam*. Él introdujo en Europa los cánones, tablas, astrolabio y mediciones astronómicas de los árabes y de la matemática de al-Jwarizmi, alentando el hambre científica en Europa, desarrollando, por ende, el *Trivium* y el *Quadrivium*, preponderando el último por el componente científico sobre el primero. Se ve pues que Pedro Alfonso traduce al latín para los pensadores europeos, lo cual es un caso particular pues los judíos no solían saber latín pues era una lengua patrimonio casi exclusivo de los cristianos y de las universidades, a las que los judíos y conversos no tenían acceso. El hebreo era la lengua habitual que los traductores judíos usaban para verter el saber árabe. Como apunta Sirat, “La frecuencia de esas traducciones (del árabe al hebreo) parece indicar que en general el latín no era bien conocido; es también posible que fuera más fácil para un doctor judío conseguir un libro, de un correligionario que de un colega cristiano” (Sirat 1985: 344). Por otra parte, como señala Lomba (1995), leer y escribir no siempre caminaban juntos en la Edad Media, pues a menudo mucha gente era capaz de leer, pero no de escribir en una lengua determinada, por lo que, en el caso de los traductores, tal vez pudieran leer en latín, pero preferirían traducir a hebreo. Además, en cuanto a terminología científica y filosófica, el árabe había desarrollado un vocabulario muy sofisticado mientras que otras lenguas como el latín, no lo habían hecho tanto. Por eso, puede afirmarse que hasta el siglo XII, los traductores judíos son arabo-parlantes y escriben en árabe; entre ellos, Sa’adia Gaón e Isaac Israelí, y en al-Ándalus Ibn Gabirol, Maimónides, Ibn Paqūda, Yēhudah ha-Levi, entre otros, situación que, según Sermoneta, se produjo “una simbiosis perfecta [con el árabe], una dependencia casi total, que bloqueó necesaria y naturalmente por muchos siglos el proceso creativo y formativo de una terminología filosófica autónoma y el nacer de un lenguaje estrictamente técnico, directamente expresado en hebreo” (1979: 145).

Conclusiones

Llegando al final de este mapa del valle del Ebro que pretendía recordar y situar la actividad traductora de varios traductores en un área geográfica determinada, realizada del árabe al hebreo o al latín, para materializar en las coordenadas del espacio y el tiempo los diferentes momentos de movilidad del saber científico de una lengua a otra, de un territorio a otro, de un ámbito cultural a otro, siempre a través de la palabra, haciendo del lienzo geográfico del valle del Ebro, un mapa cultural receptor del mundo árabe y comunicador de este al resto de Europa, a través de la actividad traductora de pensadores judíos, que derribaron las barreras de la ignorancia, ya en el siglo XII.

De la actividad traductora de este grupo, es justo recordar que la identidad hebrea de estos traductores hizo posible este tipo de traducción. Además de la traducción bíblica del Antiguo Testamento, la llamada posbíblica constituye un gran legado de la comunidad judía hispánica al saber europeo. Los judíos fueron transmisores culturales indispensables de saber. Transmiten sobre todo cultura árabe que, como afirma Romano, “había asimilado la cultura griega y la alejandrina y la persa y la india, a todas las cuales añadió su propia aportación original en árabe” (1988: 959). Cabe también destacar que árabe no era sinónimo de musulmán, y también se podía ser cristiano que escribía en árabe, o judío que escribía en árabe, como Maimónides o Ibn Gabirol. Como se ha visto, en general son judíos los transmisores de cultura porque son ellos los conocedores de lenguas, especialmente árabe-hebreo, o árabe-romance, combinaciones que abundaron entre los judíos

hispanicos, en gran parte por su condición de minoría. Si bien el estudio bíblico se desarrolló en latín, la actividad posbíblica se hace en árabe, hebreo, latín o romance. Era una transmisión accesible a los cristianos. Y aunque las obras estaban en árabe, estaban escritas en caracteres hebreos, tal vez para que no pudieran leerlas los musulmanes. Y si la traducción se hacía en hebreo era para compartirla con su pueblo.

En resumen, los traductores judíos hispanicos transmitieron saber en lengua árabe a judíos del resto de Europa que no hablaban árabe. De esta forma reconstruían el suelo patrio que los vio nacer en otro, en este caso Tarazona, en un lienzo permeable y abonado al conocimiento procedente de otra cultura, y otra lengua, el árabe, a través de la traducción, haciendo posible, ya desde el siglo X, una Europa global a través de las lenguas.

Bibliografía

- BLASCO MARTÍNEZ, Ascensión (1993): “La investigación sobre los judíos del Reino de Aragón hoy”, en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, t. 6, pp. 335-362.
- BODZIN, H. (1993): “Latin Translations of the Koran: A Short Overview”, en *Der Islam* 70/1, pp. 193-206.
- BOSCH, J. (1960): “El Reino de Taifas de Zaragoza; algunos aspectos de la cultura árabe en el Valle el Ebro”, en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 10-11, pp. 7-67.
- BURNETT, C. (1977): “A Group of Arabic-Latin Translators Working in Northern Spain in the Mid-Twelfth Century”, en *Journal of the Royal Asiatic Society*, 109.1, pp. 62-108.
- DE LA CRUZ PALMA, Óscar (2003): “La trascendencia de la primera traducción latina del Corán (Roberto de Ketton, 1142-1143)”, en *Collatio. Estudios /Estudos Acadêmicos*, 7, pp. 21-28.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1965): “Los obispos de Pamplona del siglo XII”, en *Anthologica Annu*a, 13, pp. 135-358.
- GONZÁLEZ MUÑOZ, F. (2005): *Exposición y refutación del islam. La versión latina de las epístolas de al-Hāšimī y al-Kindī*. A Coruña: Universidad da Coruña.
- GRAU, M. (1958): “Contribución al estudio del estado cultural del Valle del Ebro en el s. XI y principios del XII”, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, pp. 229-272.
- HASKINS, C. H. (1911): “The Translations of Hugo Sanctelliensis”, en *The Romanic Review*, 11.1, pp. 1-15.
- LACARRA DUCAY, M. Carmen (1990): “Retablo de Juan de Leví y su restauración”, en *Colección Cuadernos de Restauración. Apéndice documental del capítulo III*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- (1991): *Pedro Alfonso*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- LOMBA FUENTES, Joaquín (1988): *La filosofía judía en Aragón*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- (1991): *La filosofía islámica en Zaragoza*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.

— (1995): “La cultura medieval del valle del Ebro y Europa”, en *Tvriaso*, XI, pp. 27-39.

RIPOLLÉS ADELANTADO, Encarna (2013): “El retablo de la Capilla de los Cardenales de la Catedral de Tarazona: nuevos aspectos técnicos y formales”, en *Ars & Renovatio*, 1, pp. 3-40.

RIVERA LUQUE, José Luis Alexis (2018): “De Arabico in Latinum: Traductores y traducciones en la Hispania del siglo XII”, tesis doctoral dirigida por Arturo Ponce Guardián, El Colegio de México.

ROMANO, David (1988): “El papel judío en la transmisión de la cultura”, en *Hispania Sacra*, 40, p. 959.

— (1992): “*Hispanojudíos traductores del árabe*”, en *Butlletí de la Reial Acadèmia de bones lletres de Barcelona*, 43, pp. 211-232.

SANTOYO, J. C. (2016), “El normando Hugo de Cintheaux (Hugo Sanctelliensis), traductor en Tarazona (ca. 1145)”, en C. Carta, S. Finci, D. Ma Mancheva (eds.), *Antes se agotan la mano y la pluma que su historia. Magis déficit manus et calamus quam eius hystoria. Homenaje a Carlos Alvar*. Volumen I: Edad Media. San Millán de la Cogolla: Cilengua, pp. 341-357.

SERMONETA, G. (1979): “L’ebraico tra l’arabo e il latino nella trattatistica filosofica medievale: Un ponte segnato dal passaggio di due tradizioni terminologiche e culturali”, *Actas del V Congreso Internacional de Filosofía Medieval*, Madrid, p. 145.

SIRAT, Collette (1985): *A History of Jewish Philosophy in the Middle Age*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1988): *La philosophie juive médiévale en pays de Chrétienté*. Paris: Presses du C.N.R.S.

TATON, Rene (1971): *Historia General de las Ciencias. I. La ciencias Antigua y Medieval*. Barcelona: Orbis.

VERNET, J. (1950): “El Valle del Ebro como nexo entre Oriente y Occidente”, en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, pp. 249-286.